

ENTREVISTA | **MARÍA WONENBURGER**
MATEMÁTICA

«Disfruto haciendo sudokus como la que más»

A sus 80 años, la matemática coruñesa sigue «jugando con los números»

Fernando Melerín

A CORUÑA | Entre los hijos de esta ciudad se encuentra una de las matemáticas más relevantes del siglo XX. Se trata de María Wonenburger Planells (Montrovi, 1927). Una pionera que se adelantó a su tiempo destacando en un mundo dominado por hombres y llegando a triunfar profesionalmente al otro lado de Atlántico, donde desarrolló el grueso de su carrera. Allí terminó su formación bajo la tutela del prestigioso algebrista Nathan Jacobson, se doctoró en Yale y terminó dirigiendo la tesis de Robert Moody, conserje de la Teoría Kac-Moody que revolucionaría el álgebra moderna. A sus ochenta años, y con una sonrisa perenne, esta genial conversadora vive su retiro en su casa de A Pasaxe, entre los insustituibles balcones que le brinda la comunidad científica.

—¿Qué tienen los números que, como la música, levantan pasiones?

—Es curioso que mencione esos dos conceptos juntos, ya que la música es mi otra gran afición. De hecho, como puede ver —(señala un cuadro en el que se ve a la matemática de niña, con un violín en la mano)—, en su día lo intenté, pero no se me daba muy bien. No sabría explicar qué es lo que tienen los números, pero a mí me encantaban, desde que tenía cuatro años.

—¿No era demasiado joven para tener clara su vocación?

—Se me daban bien las cuentas y me interesaban, así que terminé estudiando en Madrid matemáticas, a pesar de que mi padre quería que hiciera una ingeniería. Hice un pacto con él, estudiaría lo que él quería cuando acabase matemáticas. Pero falleció antes de que eso ocurriera. Él no había podido hacer una carrera porque se quedó huérfano a los 16 años. Así que creo que quería desarrollar sus ideas técnicas a través de mí.

—En aquel entonces no debía haber demasiadas mujeres en su clase.

—Lo que sí que había eran monjas, que asistían a las clases para luego dedicarse a la docencia. Pero ser mujer limitaba mucho. Al terminar me ofrecieron ser ayudante de Julio Rey Pastor, pero la cuantía de lo que me ofrecieron no era comparable con la beca Fulbright que me concedieron. Así que me fui a EEUU.

—En 1983 regresó a España, dejando toda su carrera profesional al otro lado del Atlántico.

—Mi madre se puso enferma y, por mucho que me gusten las matemáticas, en esta vida hay cosas que son prioritarias.

—¿Echa de menos aquello?

—No particularmente, del mismo modo que estando allí tampoco echaba de menos A Coruña. He regresado recientemente y mantengo contacto con algunos alumnos, como Moody.

—Ya que lo menciona, ¿podría explicarme la teoría de Kac-



La madre de la física moderna, María Wonenburger, en su casa de A Pasaxe (1988)

Moody de modo que llegase a comprender de qué va?

—(Por qué no? Simplemente tuvimos suerte y nos salió muy bien. Veníamos de trabajar con álgebra finita y esto supuso el salto a los infinitos...

—Puede que sea mejor dejarlo. Noto cierto orgullo cuando habla de su discípulo.

—Cómo no estar orgullosa. He tenido la suerte de haber tenido como alumno al mejor matemático de Canadá.

—Algún mérito tendrá la maestra.

—No lo creo. Aunque, bueno, mis alumnos parecían contentos. De todos modos, nunca me pasó eso de figurar. Nunca busqué mayor gloria que la de disfrutar con mi trabajo. Y eso sí que lo conseguí.

—Ha abandonado totalmente las matemáticas?

—Sigo jugando con los números. Siempre se puede intentar hacer algo divertido con ellas, improvisar...

—Supongo que no se referirá a los sudokus que hacemos el resto de mortales.

—¿Por qué no? Si yo disfruto haciendo sudokus como la que más!

«Mientras aquí era la señorita Wonenburger, en EE.UU. era solo María. Allí era todo más natural»

Las condiciones laborales que le ofrecían en la España de los años 50 (óptimas a María Wonenburger a emigrar a América con una beca Fulbright, la primera que se otorgó en este país: «Las perspectivas de futuro si me quedaba eran, como muchos, terminar dando clase en bachillerato. Una mujer tenía difícil acceder a una cátedra. Y yo no me veía de maestra...

—¿No tuvo temor a la hora de atravesar el Atlántico?

—(Por qué iba a tenerlo? A lo único que tuve miedo fue a estar demasiado a algo o a alguien. Eso no entraba en mis planes. Mis profesores me advertieron que si quería dedicarme a las matemáticas en serio, debería dejar España. Y así lo hice.

—¿El idioma no supuso un problema?

—(Había estudiado algo de inglés en el bachillerato. Además,

a los becados nos dieron una especie de curso de orientación. Se ve que nos veían algo desorientados (risa). Allí aprendimos algo más sobre la cultura americana y coincidimos con otros estudiantes atlánticos que fue maravilloso, porque al no saber demasiado inglés, entre nosotros hablábamos muy despacio y nos entendíamos a la perfección.

—¿No le chocó la diferencia cultural?

—En absoluto. De hecho me encantó encontrarme con una sociedad mucho menos clasista que la que había en España. Mientras aquí era la señorita Wonenburger, en EE.UU. era solo María (lo pronuncia a la americana). Era todo más natural y me encantaba. Eso me permitió tener una relación excepcional con mis alumnos. Tuve más amigos entre mis estudiantes que entre mis colegas.